

santa aspersion, que ya habeis recibido, y que no se puede renovar: el de deseo, que basta cuando el primero no es posible; y el de sangre, cuando el neófito, vertiéndola por la fe cristiana, se bautiza con su propia sangre.

Pues, señor, vos podeis ahora bautizaros espiritualmente por estos tres modos. Empezad por dar gracias á Dios de haber sido bautizado en vuestra infancia: renovad en vuestro corazon los votos de aquel bautismo: abjurad y renunciad de nuevo al demonio, al mundo y á la carne: pedid perdon á Dios de vuestras infidelidades pasadas: prometedle hacer en adelante profesion pública de cristiano, y decidle con fervor y verdad: Señor, adorable Jesus, si yo no estuviera bautizado, me bautizaria, si fuera menester, con mi propia sangre. Y sé que el bautismo impone al cristiano la obligacion de no ocultar jamas su fe; que debe no solo confesarla en su interior, sino hacer profesion pública de ella; y yo, señor, os prometo que perderé mil veces la vida ántes de hacer ni decir una palabra que pueda desmentir mi religion.

Este acto que harémos ahora en presencia de Jesucristo, suplirá con la renovacion de los votos el bautismo que no se puede renovar, y yo espero en la misericordia divina que os producirá efectos saludables. Pero para esto es menester creer de corazon, y confesar de boca todo lo

que crée la Iglesia católica que fundaron los apóstoles, y que por una sucesion no interrumpida ha llegado desde San Pedro á nosotros por los vicarios de Jesucristo que sucedieron á San Pedro, y cuyo actual sucesor existe hoy en Roma. Las principales verdades que esta Iglesia enseña, estan contenidas en el Símbolo que los mismos apóstoles nos dejaron, que vulgarmente se llama el *Credo*, y que es un compendio de la doctrina y de los artículos de la fe católica.

Lo ménos que debe saber un cristiano es este *Credo*, porque es el depósito de las verdades que son necesarias saber para salvarse; pero con él basta para que podamos renovar la protestacion de nuestra fe, y confirmemos nuestra profesion de cristianos. Esta es la protestacion que hacemos, ó la que se hace por nosotros, cuando la Iglesia nos imprime su sagrado carácter; y pues vos quereis renovarle ahora espiritualmente, pongámonos de rodillas, presentad á Dios vuestros votos, y decid con fe y devocion el *Credo*.

El Padre se puso de rodillas, y yo maquinalmente le imito, y tambien me arródiillo; ¡pero cuál fué mi vergonzosa confusion, cuando queriendo no pude decir nada.... ¡Ni cómo era posible que le dijese, cuando despues de mi niñez no le habia vuelto á repetir, y era preciso que le hubiera olvidado? Mi turbacion y mi rubor fueron tales, que no podia proferir una palabra. Es-

to solo me hizo ver en un momento mi total olvido de Dios, el entero abandono de mi vida, y la inmensa é innumerable multitud de mis delitos. Avergonzado de mi ignorancia, y profundamente indignado contra mí mismo, me eché por tierra, y con un diluvio de lágrimas que no me fué posible contener, dije al padre con la voz alterada y balbuciente, que no le sabia....

El padre se quedó un rato suspendido, y despues de alguna pausa me respondió: No os affijais, señor. Despues me dió la mano para ayudarme á levantar, me condujo á mi asiento, y poniéndose junto á mí, me volvió á decir: Si soportais con humildad la vergüenza en que os veo, y que tanto os constrieta; si la recibis como un digno castigo de vuestro culpable delito, y si os proponéis repararle presto con ardor y celo, esto mismo puede serviros mucho para que Dios se apiade de vuestro dolor, y os continúe sus gracias. Señor, lo que importa ahora es no volver los ojos á lo pasado, sino para llorarlo y corregirlo. Hoy es cuando empieza á morir el hombre viejo de Adán, para que renazca de sus cenizas el nuevo de Jesucristo; y Dios que quiere haceros suyo, nos dará tiempo para acabar la obra de vuestra santificación.

¶ Pero ántes que pasemos adelante, es menester que aprendais ó que volvais á recordar lo que es absolutamente necesario saber para ser cristiano.

Nuestra religion tiene verdades que es indispensable saber explicitamente: son cortas, y las podeis aprender muy presto. Voy á traeros un libro, y espero que en poco tiempo sabréis lo necesario; en los demas basta referirse y someterse á la creencia de la Iglesia. Esperadme pues un instante, y no os inquieteis, que este Dios que por vuestro bien os inspira sentimientos tan vivos, os inspirará tambien confianza en su misericordia, para que os sirva de consuelo. Tenedla, señor, considerando por un lado, que cuanto mas distante estábais de Dios, tanto mas debeis agradecerle que venga á buscaros; y por otro, que su bondad paternal resplandece mas cuando se le ve tan solícito de un hijo injusto, que tanto se alejó de sus brazos. Esperadme un instante miéntras vuelvo.

El padre salió, y yo estaba tan turbado y corrido, que no sabia qué hacer. Las ideas me corrian de tropel por la cabeza, sin que pudiera detenerme en ninguna; pero desde que me ví solo, un íntimo y nuevo sentimiento en que me parecia divisar dolor, desprecio de mí mismo, esperanza y agradecimiento, me obligó con un impulso irresistible á encar las rodillas, y levantar mi razon al cielo. Sí, Teodoro, este grosero corazon que, como una culebra, nunca supo mas que arrastrarse por la tierra, y que no se levantó al cielo en tantos años, se vibró en aquel momento en derechura á la Divinidad.

Yo no me acuerdo de lo que le decia, y acaso no sabia decirle nada; no hago memoria de si articulaba ó no palabras. Mis sentidos estaban muy turbados para hacer discursos seguidos; pero mi corazon le hablaba, le pedia perdon, imploraba su asistencia, y mi language mas articulado eran las lágrimas y los gemidos. El padre me halló en esta situacion. Despues que me consoló y me hizo sentar, me dió un pequeño libro, me señaló lo que debia aprender, y me dijo:

Esta será una dilacion de pocos dias, y no será perdida; porque mientras aprendeis lo que el cristiano necesariamente debe saber, aprovecharemos este intervalo, para emplearlo en asuntos no ménos importantes. Procuraré daros una idea de la religion cristiana, trataré de explicaros su espíritu, y estas conferencias pueden ser muy útiles para entender mejor sus artículos. Nada nos puede excitar tanto á estimar y amar nuestra religion como conocerla bien; y si se ven tantos cristianos tan malos ó tan tibios, es porque en general nuestra educacion es muy defectuosa en esta parte, y porque hay pocos que la reconozcan como deben.

Se recibe el bautismo en la infancia mas tierna, tiempo en que es imposible conocer ni la extension del empeño que se contrae, ni la hermosura de la religion que se abraza, ni la inmensa felicidad para la que nos abre la puerta. Cuando

viene la edad de la razon, pocos son los que conocen la importancia de este objeto; pocos los que advierten que este debia ser el estudio mas continuo de su vida, y ménos los que se aplican á él con la seriedad que merece. Unos se corrompen y se abandonan á las iniquidades que la religion reprueba: algunos piensan hacer mucho si rezan alguna devocion y oyen misa los dias de fiesta. El mayor número se ocupa ménos en el temor de Dios y en las cosas de su servicio, que en sus placeres, su fortuna y sus comodidades; y son raros los que cuidan de conocer la esencia ó el espíritu de su religion, para cumplir con exactitud las obligaciones que nos impone.

De aquí nacen tantos extravíos en los unos, y tanta ignorancia ó tibieza en los otros; porque nada en el mundo es tan importante, como saber las leyes á que nos hemos sujetado recibiendo el bautismo, y las condiciones con que nos ha recibido la Iglesia cuando nos permitió entrar en la congregacion de sus fieles. El bautismo es un contrato recíproco entre Dios y el cristiano: este renuncia todo afecto desordenado y contrario á la ley divina, y toda aficion viciosa y condenable: reconoce á Dios por su único soberano, por la fuente y principio de todo poder, virtud y santidad: á Jesucristo por su Hijo unigénito, por su Dios, su Redentor y Mediador. Ha prometido guardar sus preceptos, amar á Dios mas que

todo, y á su prójimo como á sí mismo, y en fin no desviarse un ápice de su divina ley.

Dios le ha prometido por el órgano de la Iglesia que si cumple con fidelidad estos empeños, le dará una eternidad de gloria; y como sabe que es débil, y que su naturaleza degradada lo expone á continuos peligros por los muchos enemigos que lo combaten, tambien le ha ofrecido que le socorrerá en sus tentaciones, y le exhorta á que siempre que se sienta combatido, implore su piedad con confianza, que no le faltará su auxilio. Aun mas le promete: le asegura que si á pesar de su gracia la flaqueza de la humanidad le rinde á los asaltos de la concupiscencia, y se atreve á violar los preceptos de la divina ley, le recibirá su misericordia, cuando la implore con un corazon arrepentido, y para esto ha instituido el sacramento de la Penitencia.

Ved aquí, señor, un contrato recíproco, una convencion mutua en el asunto de la mayor importancia, pues se trata de la vida eterna. ¿Y qué, señor! puede haber nada que interese tanto al cristiano como las cláusulas de este contrato? ¿Qué es lo que debe tener mas presente? ¿Qué es lo que debe pesar con mas frecuencia y atencion que las condiciones con que se le ha dado tanto bien para no aventurarse á perderle? El que ha sido bastante feliz para adquirirse el título de hijo de Dios, y tener derecho para llamar-

le con el dulce nombre de Padre, ¿en qué puede emplear mejor todas las luces de su razon desde que empiezan á alumbrarle, sino en el estudio de las obligaciones que le impone tan alta dignidad, para no exponer la vocacion mas sublime?

¿Cómo, pues, el hombre, que por su naturaleza es barro, que por su condicion es miserable y débil, que lleva dentro de sí tiranos imperiosos, que sin cesar le tienen en batalla contra la ley de Dios y los preceptos de su religion, y que á cada instante le ponen en peligro de faltar á lo que ha prometido; cómo, repito, no procura fortalecerse con todos los medios que la misma religion le presenta, para resistir á sus ataques y defenderse de tan diabólicos enemigos? Es verdad que Dios no le pide cosas imposibles, porque le ayuda con el socorro de su gracia, y que con él puede fácilmente cumplir quanto la ley le impone; ¿pero cómo obtendrá esta gracia si no la pide? ¿Cómo la pedirá para cumplir la ley, si no la conoce? ¿Cómo sentirá la dificultad de cumplirla, si no la medita? ¿Y cómo tampoco sentirá la necesidad del socorro el que no considera ni la grandeza del daño, ni la urgencia del peligro?

Por otra parte el cristiano no debe perder de vista una verdad que puede contribuir mucho para el desempeño de las obligaciones que contrae, y es que todo lo que Dios le ordena en su ley divina, es para su mayor bien. Sus preceptos son

tales, que cuando no debiéramos obedecerlos por obligacion, debiéramos ejecutarlos por nuestro propio interes. Observad bien el Decálogo, y veréis que todo lo que nos prohíbe es únicamente lo que nos puede perjudicar para la dicha temporal, y solo con que sus ordenanzas se ejecutaran, el orgullo, la avaricia, la impureza y todos los vicios capitales desaparecieran de la tierra. Así, todo lo que los mandamientos divinos nos prescriben es por nuestra propia utilidad; porque no hay accion ni omision reprehensible, que al fin no deba perjudicar al público ó al particular. Hasta el mal que hacemos á otros, vuelve á recaer sobre nosotros mismos; porque ó nos expone al rigor de las leyes humanas, ó nos quita la reputacion tan necesaria en la vida, ó nos hace perder los caudales, la salud y la paz de la conciencia, que son los bienes mas preciosos que pueden hallarse en la tierra.

De manera que cuando Dios nos manda resistir al impulso mortífero de los vicios, nos manda nuestra propia felicidad. ¿Qué pueden producir la impureza, la intemperancia, la cólera, la venganza, y todas las demas pasiones injustas y violentas, sino la turbacion, el desórden y todos los otros males que llevan consigo? Hasta la filosofia pagana conoció la necesidad y la importancia de esta moral sabia y contenida; porque percibió que era el único medio de hacer ménos molesta

esta turbulenta y pasagera mansion que hacemos en la tierra, y que si se dejaba la rienda suelta á las pasiones, era imposible no alterar el reposo del alma, sin el cual no puede haber mas que afliccion de espíritu.

Pero la religion, no contenta con perservarnos de los males, nos prescribe las virtudes, madres fecundas de infinitos bienes. Dios nos prescribe la caridad fraternal, que no es otra cosa que el amor recíproco entre los hombres; pues nos obliga á mirarnos todos como hermanos, como hijos del mismo padre, y por consiguiente á servirnos con cuantos auxilios nos ordenan la humanidad, la templanza y la justicia: nos inspira horror á todo lo que es engaño ó falsedad; en fin, nos ordena virtudes de muchas especies, y en todas ellas siempre nos prescribe aquello que la misma naturaleza nos ha indicado ya ser necesario para nuestra propia dicha. Nos manda todo aquello cuya falta hiciera nuestra desgracia, ó disminuyera la felicidad de que gozamos.

Seria pues delirio no percibir las mas sencillas nociones de la razon, no reconocer que cuando Dios se dignó de darnos sus divinos mandamientos, todo lo ordenó amorosamente para nuestro bien; y esta consideracion debe persuadir al cristiano cuán injusto es el hombre, que en vez de darle gracias por una condescendencia tan paternal, se atreve á censurar sus preceptos como du-

ros y rigurosos, y se queja de una ley, cuya observancia, despues de hacerle feliz en la tierra, le procura en el cielo una gloria sin fin.

Señor, pues la misericordia os da el deseo y el tiempo de adquirir estos y otros conocimientos, todos muy importantes, tratemos de meditar con la atencion mas seria el espíritu de la religion cristiana, y veamos en qué consiste la verdadera piedad, y cuáles son las observancias que deben caracterizar al cristiano. Hay en esto mucha vulgaridad, que solo puede salvar de algun modo la ignorancia, ó la simplicidad de una buena fe; pero Dios y la razon nos prescriben que sepamos y entendamos lo que la religion requiere para conformarnos á su espíritu, y presentar á la Divinidad un obsequio razonable.

En el cristiano hay obligaciones y devociones. Las primeras son esenciales, necesarias é indispensables, y tales son todos los preceptos que nos vienen directamente de la mano de nuestro divino Legislador, de la de sus apóstoles instruidos en su escuela, ó de la Iglesia, su intérprete fiel: por ejemplo, ¿qué institucion mas saludable, mas benéfica, mas digna de la bondad de Dios, que el sacramento de la Penitencia, recurso inagotable de gracias para todo pecador, que puede lavar con ella las manchas de su fragilidad? ¿Qué don comparable al de la Sagrada Eucaristía, en que el mortal se anticipa á gozar las dichas del cielo, y pue-

de recibir en su pecho al mismo Dios que un dia hará su felicidad, y le consuela entretanto en esta vida pasagera? Estas son entre otras las verdaderas instituciones cristianas, y las que con preferencia deben ocupar nuestro corazon.

Hay otras devociones que pueden ser buenas, y todas son útiles desde que alimentan la piedad, y son conformes al espíritu de la santa Iglesia; pero para reglarlas bien es menester distinguir las que son de obligacion, y las que supererogatorias, entendido que estas no pueden tener lugar sino cuando se han cumplido las primeras: y advertid por regla general que entónces nos son saludables cuando conspiran á mantener en nuestros corazones un sentimiento puro de respeto y adoracion al Ser Supremo de quien dependemos; de imitacion y amor á nuestro Redentor, que es nuestro único modelo; de veneracion á los santos, amigos suyos é intercesores nuestros, y de sujecion á las leyes que nos dejó en el Evangelio, y á las que en su nombre y con su autoridad nos intima la Iglesia.

Sin estos principios, que deben gobernar el espíritu y la intencion de cuanto hace el cristiano, la devocion no seria provechosa, porque las ideas indesquiciables de su religion son: que Dios, autor, causa universal de todo, y principio único de nuestra existencia, es á quien lo debemos todo; que nuestra primera obligacion es amarle, no

solo porque depende de su mano omnipotente nuestra felicidad, sino porque él es en sí mismo por sus atributos y perfecciones infinitamente amable; que ademas de esto nos ama y desea nuestro bien; que quiere y puede recompensarnos; que en el bautismo nos hemos consagrado á su servicio; que allí le juramos fe y obediencia, y que en todas nuestras acciones y pensamientos debemos aspirar á manifestarle nuestro deseo de servirle y complacerle.

En la tierra nos unimos por intereses á nuestros superiores ó soberanos: los servimos con fidelidad, los amamos con ardor, y nuestro amor y respeto se aumentan á proporcion de lo que crecen sus favores ó sus beneficios. ¿Qué soberano puede compararse con aquel que forma á los soberanos? No solo es grande y amable por sí mismo, sino que es la grandeza, la hermosura y la amabilidad de que descende todo lo que en el mundo aparece con alguno de estos atributos. De su mano sale únicamente el ser, la conservacion, y todos los bienes de la tierra, sin hablar todavía de los de la gloria.

La razon pues, y la naturaleza se reunen para decirnos que nuestro mayor respeto, nuestro mas vivo amor deben dirigirse únicamente á nuestro Criador omnipotente. S. Ambrosio decia, que este sentimiento que debe ser el primero en el corazon, es el fundamento de todas las virtu-

des, y que por eso Dios le exige de nosotros, porque es necesario para nuestra propia felicidad. En efecto, solo puede ser feliz acá abajo el que no tiene mas voluntad que la de Dios, y que está pronto á abandonarlo tode por él. ¿Y qué no le debe el hombre? ¿Quién concebirá la extension de una obligacion tan infinita? Solo la fe la puede divisar; el hombre torpe y grosero no puede explicarla: dichoso si sabe amar y adorar en silencio.

Mañana, señor, si me lo permitis, comenzarémos esta conferencia: consolaos ahora, considerando que ya estais en los brazos de Dios, y que su bondad nos dará tiempo y gracia para acabar su santa obra. El Padre se fué: yo, Teodoro, sin perder un instante me puse á aprender lo que me dejó señalado, y pasé en esta ocupacion la mayor parte de la noche. Yo queria aprenderlo todo; pero á fuerza de abarcarlo todo, no aprendia nada. Al fin llegó el otro dia, y en él pasó lo que en mi primera carta te diré. A Dios, amigo,